

Tarsis y la monarquía unificada de Israel

Con un *Addendum* sobre la deposición primaria de los materiales de época emporitana-precolonial exhumados en Huelva

metadata, citation and similar papers at core.ac.uk

bro

provided by Portal de Revistas

Centro de Estudios Fenicios y Punicos
fgonzalezdecanales@yahoo.es

RESUMEN

El hallazgo de numerosos restos fenicios de datación anterior al inicio de la colonización fenicia occidental y la explotación de recursos evidenciada identifican el hábitat de Huelva con Tarsis desde su mención en 1 *Reyes* 10.22. Sin embargo, la reciente revisión de la fiabilidad histórica de la Biblia cuestiona tanto esta identidad como unas navegaciones fenicias al lejano Occidente en la segunda mitad del siglo X a.C. El presente trabajo apunta que Jerusalén pudo constituir en esa época un centro de poder y asegura la existencia de escribas en el siglo IX a.C. que dispusieron de noticias fiables sobre acontecimientos del reinado de Salomón.

Palabras clave: Historicidad de la Biblia, Huelva, Tarsis, Ofir, Monarquía Unificada de Israel, Estructura Escalonada de Piedra, Gran Estructura de Piedra.

Tarshish and the United Monarchy of Israel

ABSTRACT

The find of numerous Phoenician remains, dated prior to the beginning of Western Phoenician colonization, and the exploitation of resources evidenced thereof, identify the Huelva habitat with Tarshish since its mention in 1 *Kings* 10.22. However, this identity together with the Phoenician voyages to the far West in the second half of the 10th century BC, are somehow questioned by the recent revision of the historical reliability of the Bible. The present work suggests that Jerusalem might have been a power center at that time and assures the existence of scribes, towards mid 9th century BC, who handled trustworthy news of certain events during the kingdom of Solomon.

Key words: Historicity of the Bible, Huelva, Tarshish, Ophir, United Monarchy of Israel, Stepped Stone Structure, Large Stone Structure.

SUMARIO: 1. Tarsis desde los hallazgos de Huelva. 2. La monarquía unificada de Israel. 3. David y Salomón, ¿dos figuras ejemplares en tiempos del piadoso Josías? 4. Algunos hechos de Saúl, David y Salomón. 5. Las conquistas de David. 6. ¿Fue Jerusalén un centro de poder en el siglo X a.C.? 7. Tarsis y la escritura en Israel. 8. Ezión Guéber y el viaje a Ofir. 9. Conclusiones. 10. *Addendum:* Sobre la deposición primaria de los materiales de época emporitana-precolonial exhumados en Huelva.

Más allá del interés que por su frecuente mención en la Biblia y en algunos documentos extra-bíblicos pueda suscitar, Tarsis proporciona desde nuestro punto de vista las claves de la fase emporitana-precolonial que precedió a la colonización fenicia occidental propiamente dicha¹ y, en parte, del enriquecimiento y relevancia de Tiro durante cuatrocientos años.

1. TARSIS DESDE LOS HALLAZGOS DE HUELVA

La ciudad portuaria de Huelva ocupaba en la Antigüedad el vértice de una península abierta al estuario configurado por los ríos Tinto y Odiel antes de desembocar en el océano Atlántico (fig. 1). Esta situación, de gran importancia náutico-estratégica, justifica que tradicionalmente constituyera el puerto natural de embarque y salida de las riquezas naturales de la Faja Ibérica de Piratas, cuyos minerales áureo-argentíferos, *gossan* y *jarositas*, fueron explotados durante época prerromana y romana a una escala impresionante: las antiguas escorias de plata de Riotinto, estimadas mediante prospecciones de superficie y sondeos sistemáticos en unas 6.600.000 toneladas,² cubrían una superficie que se extendía a lo largo de más de dos kilómetros (fig. 2) (García Palomero en Rothenberg *et al.*, 1989: 66).

En diciembre de 2004 dimos a conocer un amplio elenco de materiales arqueológicos procedentes de la calle Méndez Núñez 7-13 / plaza de las Monjas 12 del centro histórico de Huelva (González de Canales *et al.*, 2004). La excavación había alcanzado niveles de la primera mitad del siglo VII a.C., o quizás de fines del VIII a.C., cuando fue interrumpida por la aparición de un potente nivel freático común a todas las partes bajas de la ciudad. Más tarde, durante el vaciado del solar por una empresa constructora, pudimos observar *in situ* un estrato de disposición horizontal, situado a unos 5 metros de profundidad y 2.5 metros por debajo del nivel freático, en el que se apreciaban los vestigios más antiguos de ocupación antrópica. En contexto secundario se procedió a una recuperación de materiales delimitada a las tierras gris-negruzcas bien diferenciadas del referido estrato, cuyo análisis binocular por geólogos de la Universidad de Huelva (Profesora González Regalado) mostró que estaba constituido por un sedimento estuarino con abundantes restos de artrópodos y flora característica de una marisma salada.

Los miles de fragmentos cerámicos recuperados se distribuían prácticamente a la par entre fenicios y autóctonos. De acuerdo con la estratigrafía de Tiro (Bikai, 1978a; 1978b; 1981: 33) y los horizontes cronológicos de Chipre (*ibidem*, 1987), el límite inferior del contexto fue establecido en *ca.* 770 a.C. (antes del final del estra-

¹ Hemos tratado esta cuestión en “Las evidencias más antiguas de la presencia fenicia en el sur de la Península” (González de Canales *et al.*, 2006) y “The two Phases of Western Phoenician Expansion” (*ibidem*, en prensa). La denominación “emporitana-precolonial”, o “empórico-precolonial” si restringimos la calificación de emporitana a lo relacionado con Ampurias, se fundamenta en la evidencia arqueológica y en la posterior consideración de Tarteso como un emporio en las fuentes clásicas.

² Con anterioridad fueron estimadas 15.300.000 toneladas a partir exclusivamente de prospecciones de superficie (Salkied, 1970: 89).

to IV de Tiro). Para determinar el límite superior consideramos las cerámicas fenicias cuyos *termini ante quos* resultaban más antiguos: una base tipo 10 (de “deep bowl”), 13 bases tipo 11 (de “deep bowl”) y 11 bordes de ánforas tipo 12, pudiéndose también contabilizar dos platos tipo 14. Un fragmento de jarro tipo 9 y tres fragmentos asignados con reservas a jarros-coladores, adscritos en Chipre al horizonte Kouklia (ca. 1050-850 a.C.), no fueron contemplados porque en Tiro perduran hasta estratos posteriores a dicho horizonte. Otras cerámicas de temprana aparición en la metrópolis fenicia, como platos tipos 10, 11 y 13, jarros tipo 10, ánforas tipo 9 o bases bulbosas tipo 20 (de ánforas), tampoco fueron evaluadas por la misma razón de pervivencia. Teniendo en cuenta que los *termini ante quos* señalan el límite superior más reciente posible, el inicio del contexto fue establecido en ca. 900 a.C., pero admitiendo un amplio margen entre la segunda mitad del siglo X a.C. y la primera mitad del IX a.C. Tal aproximación viene en parte avalada por tres platos eubeocicládicos con semicírculos colgantes del Subprotogeométrico I-II³ y por la datación epigráfica de un grupo de grafitos fenicios (Heltzer, 2004). Por último, a la Universidad de Groningen debemos una serie de determinaciones radiocarbónicas por AMS (Accelerator Mass Spectrometric) sobre huesos de ganado procedentes de las tierras gris-negrucas del estrato considerado. La calibración (Oxcal v3.10) de las dataciones obtenidas fecha los huesos entre 1000 y 820 a.C. La edad media de las tres determinaciones realizadas fue 2755± 15 BP, calibrada 930-830 a.C. con un 94% de probabilidad (Nijboer y van der Plicht, 2006: 31).⁴ En ningún caso se registró una data calibrada posterior a 820 a.C., por lo que, como apreciamos en el estudio de las cerámicas, las inclusiones desde niveles superiores, en este caso de huesos, no parecen frecuentes.⁵

³ De acuerdo con la clasificación y cronología propuestas por Nitsche (1986/87: 32 y 44).

⁴ Desde la publicación de los hallazgos se han producido diversas propuestas cronológicas que agradecemos a sus autores, al tiempo que nos gustaría introducir algunas matizaciones. Entre las propuestas que tienden a descender la cronología no son contempladas en un caso (Botto, 2004/2005: 21), o no lo son en su totalidad, las cerámicas fenicias cuyos *termini ante quos* son más antiguos, ni la tipología y cronología de los platos eubeocicládicos subprotogeométricos tal como fue expuesta por Nitsche, ni las dataciones radiocarbónicas del contexto todavía inéditas; en otro (Gilboa *et al.*, 2008), cuya autora tuvo la cortesía de darnoslo a conocer antes de su publicación, además de lo anterior, no se aprecia que en la consideración de Tarsis entra también en juego la demostración de la explotación por los fenicios de todos los productos señalados por los textos bíblicos en un momento que precede a la colonización occidental. Las propuestas de signo opuesto, tendentes a elevar la cronología, parten de la consideración de que los *termini ante quos* señalan el límite superior más bajo posible y de las dataciones radiocarbónicas registradas en varios países europeos, Turquía y Cartago, incompatibles con las más bajas de Israel, sin que nos pronunciemos sobre esta compleja y multidisciplinar cuestión. En espera de cualquier modificación definitiva a que hubiera lugar, preferimos mantener por ahora, con la amplitud comentada, el límite superior que habíamos establecido.

⁵ El trabajo fue editado antes de conocer los resultados de las determinaciones radiocarbónicas. Asumimos así el reto de encontrarnos con registros radiocarbónicos discordantes con las cronologías estimadas a partir de las cerámicas. No ha sido el caso, pues ambas dataciones resultaron compatibles, sobre todo considerando que los registros radiocarbónicos de Groningen en otros yacimientos tienden a elevar las dataciones cerámicas del siglo VIII a.C.

Aunque un inicio del contexto en la segunda mitad del siglo X a.C. es posible desde la cronología cerámica tradicional y, sin duda, desde la radiocarbónica, ante la actual polémica que interesa a ambos métodos de datación y para evitar la impresión de que forzamos la cronología para identificar Huelva con el Tarsis bíblico de 1 Reyes 10.22⁶ optamos por dejar abierta la referida horquilla cronológica entre la segunda mitad del siglo X a.C. y la primera mitad del IX a.C. Así y todo, aun en el caso de que ninguna de las cerámicas alcanzase la época de Hiram I, otros puntos de la ciudad podrían albergar cerámicas algo más antiguas, pues es impensable que las múltiples actividades atestiguadas se limitasen al solar investigado. Está también la cuestión de las fibulas de codo del depósito de bronce de la ría de Huelva. A los clásicos paralelos conocidos en Chipre y Levante (Almagro Basch, 1957-1958) pueden sumarse los de la necrópolis de Achziv, 25 kilómetros al sur de Tiro (Mazar, 2004: 113 y fig. 28.1).⁷ Junto a la aproximación cerámica, epigráfica y radiocarbónica, la relación del hábitat de Huelva con Tarsis en época de Hiram I puede establecerse con gran solidez a partir de los productos explotados por los fenicios. Según 1 Reyes 10.22, las naves de Tarsis (o sólo una nave⁸) proporcionan al monarca tirio oro, plata, marfil, *q(w)pym* y *t(w)kyym*. En un reciente trabajo expusimos las dificultades que la interpretación de los dos últimos términos hebreos ha planteado desde la Antigüedad y la falta de fundamentos textuales para un Tarsis en la India, donde no existe resto fenicio alguno (González de Canales *et al.*, 2006). Respecto a los productos claramente citados, en el contexto se demostró la obtención de plata mediante la técnica de la copelación y la existencia de talleres de marfil, mientras que oro, del que se exhumó algún objeto, pudo llegar a Huelva desde los ríos auríferos de la región extremeño-portuguesa,⁹ quedando abierta la posibilidad de beneficiar oro de algunas mineralizaciones de la Faja Ibérica de Piritas¹⁰ o, incluso, de acuerdo con una hipótesis defendida para un tiempo posterior (López Pardo, 2000: 46-9), que fuese transportado desde las ricas zonas auríferas del Senegal-Níger hasta la fachada atlántica del actual Marruecos donde sería fletado en naves fenicias. Por consiguiente, la explotación de todos los productos mencionados en 1 Reyes 10.22 está acreditada en Huelva en fechas anteriores a la colonización y es sumamente improbable que un escritor deuteronomista imaginase a un rey Hiram beneficiando unos productos bastante exclusivos (plata, marfil) en un lejano Occidente (“una vez cada tres años” según el versículo) que es donde, precisamente, se encuentra Huelva; más

⁶ El topónimo Tarsis queda implícito o, según lectura, incluso explícito en el versículo.

⁷ Agradecemos al Dr. A. Nijboer su indicación sobre esta semejanza.

⁸ Para Bunnens (1979: 63-64) y otros autores, de acuerdo con una interpretación de Max Müller, el término hebreo ‘*oni*’, habitualmente traducido por “flota”, podría ser un arcaísmo de ‘*oniyath*’, en cuyo caso tendría significado de “barco” y no de “flota”.

⁹ En el contexto se documentaron cerámicas de esa procedencia (González de Canales *et al.*, 2004: 108, 191-2 y láms. XXII.12-24).

¹⁰ Hace unos pocos decenios Riotinto proporcionaba unas seis toneladas anuales de oro (información que agradecemos a la compañía Atlantic Copper, S.A.). Sin embargo, aunque los análisis de escorias demuestran que en la Antigüedad fueron explotados selectivamente los minerales más ricos en metales preciosos, desconocemos si existía entonces tecnología suficiente para beneficiar el oro de estas minas.

aún, cuando la misma localización de Tarsis sugieren otros versículos bíblicos referidos a tiempos posteriores (*Jonás* 1.3, *Salmo* 72.10, *Ezequiel* 38.13 e *Isaías* 23.6) y también la inscripción extra-bíblica de Asharadón (681-669 a.C.), donde Tarsis es *Tarsisi* más allá de los jonios (Borger, 1956: 86). Adicionalmente y en coincidencia con la lectura “Tarsis” en la estela de Nora,¹¹ datada entre los siglos IX y VIII a.C., un importante conjunto de vasos sardos¹² asegura las relaciones de Huelva con Cerdeña. Como tercera mención extra-bíblica, en la trascripción de Polibio del Segundo Tratado Roma-Cartago de 348 a.C. figura *Mastias Tarseiou* (III 24.4) y en su comentario al mismo *Mastia Tarseion* (III 24.2). En otro momento, Polibio (III 33.9) relata que Aníbal hizo pasar *Tersítai* y *Mastianoí* a África desde España. Sin entrar en las dificultades de ambos textos, parece que en época púnica se conservaba el topónimo Tarsis en el sur de la Península Ibérica.¹³

2. LA MONARQUÍA UNIFICADA DE ISRAEL

Sin perder la perspectiva de que los retazos históricos transmitidos por la Biblia, irrefutables unos, discutibles o inverosímiles otros, están supeditados a la promulgación de un sistema de creencias, preceptos y prácticas religiosas, la identificación de Tarsis con Huelva desde la época de Hiram I nos sitúa ante la espinosa discusión en torno a la monarquía unificada de Israel. Aunque la cuestión ha interesado a numerosos investigadores,¹⁴ las aportaciones de Finkelstein y Silberman han venido a convertirse por su difusión en el epicentro de una polémica que trasciende lo estrictamente histórico. En diversos trabajos, entre los que por su amplitud destacan *The Bible unearthed* (2001) y *David and Solomon: In Search of the Bible's Sacred Kings and the Roots of the Western Tradition* (2006), a cuyas traducciones en español de 2003 y 2007 respectivamente nos remitiremos, estos autores plantean construir una nueva historia del antiguo Israel a partir de la evidencia arqueológica y las modernas técnicas de datación haciendo abstracción relativa del texto bíblico. Según sus

¹¹ Algunos epigrafistas leen “templo del cabo” en lugar de “Tarsis”. E. Lipiński (2004: 234, n. 50) ha explicado las razones por las que, en su opinión, debe leerse Tarsis (*b-tršš* y no *bt rš š*). Según Ju.B. Tsirkin (1986: 180-1), la inscripción sitúa Tarsis en un lugar occidental en contacto con Cerdeña.

¹² Este conjunto de vasos sardos, que comprende *brocche askoidi*, *vasi a collo*, un cuenco y ánforas similares a las de Sant’Imbenia (González de Canales *et al.*, 2004: 100-6 y láms. XXI y LX), debe atribuirse al transporte fenicio por el contexto fenicio-indígena en que se encuentran y por el hallazgo de una inscripción fenicia en un fragmento de ánfora nurágica (*ibidem*, 133, n° 2 y láms. XXXV.2 y LXI.2, con análisis epigráfico de M. Heltzer). Igual consideración merecen las cerámicas eubeocicládicas, áticas, chipriotas e itálicas documentadas (*ibidem*, 82-99 y láms. XVIII-XX y LV-LIX), que no están indicando navegaciones chipriotas, griegas, ni itálicas, sino, como las sardas, la ruta y puntos de recalada e intercambio de los fenicios antes de alcanzar Huelva.

¹³ En contra, cf. la propuesta de P. Moret (2002) de situar *Mastias Tarseiou* / *Mastia Tarseion* en África.

¹⁴ Entre las obras colectivas que recogen diferentes puntos de vista puede consultarse *Jerusalem in Bible and Archaeology: The First Temple Period* (A. G. Vaughn y A. E. Killebrew, eds., *SBL Symposium Series* 18, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2003).

apreciaciones, los primeros signos de un estado articulado no aparecen en Judá hasta el siglo IX a.C. con los sistemas de fortificación y algunos edificios públicos de Laquis, Bet Semes, Berseba, Arad (fig. 3) y, no especificado en todas sus publicaciones, también de Jerusalén a juzgar por la denominada “Estructura Escalonada de Piedra” (fig. 4) y un capitel protoeólico hallado en la década de 1950 (Finkelstein y Silberman, 2007: 81-3), si bien este elemento arquitectónico puede ser más tardío. La ausencia de hallazgos arqueológicos destacables demostraría que Jerusalén no era en el siglo X a.C. la capital de un reino verdadero con edificios monumentales, sino una pequeña aldea de unas pocas hectáreas, el “tosco fuerte cimero de una dinastía local de rústicos jefes tribales” (*ibidem*, XXXII). La grandeza de David y Salomón, cuya existencia a diferencia de los minimalistas no rechazan, es contemplada como un mito creado por la historia deuteronomista. Una supuesta primera monarquía unificada, con centro en Samaria y no en Jerusalén, surgiría a partir de los matrimonios entre las cortes de los dos reinos israelitas (2 Reyes 8.18) y un vasallaje, no señalado en la Biblia, de Josafat de Judá (870-846 a.C.) al Reino del Norte¹⁵ (*ibidem*, 81, 84 y 94). La historia de David no habría sido escrita hasta fines del siglo VIII a.C. coincidiendo con una brusca expansión de la escritura y literatura en Judá, un espectacular aumento demográfico por la afluencia de refugiados del Reino del Norte que huyen de la agresión asiria y la emergencia de un estado bien constituido, con Jerusalén como gran centro urbano con una burocracia centralizada.

Aunque nada puede objetarse metodológicamente, sobre todo porque la amplia reelaboración de carácter narrativo pone en entredicho el valor histórico de *Samuel* y 1 Reyes, diferente es que sus conclusiones estén confirmadas por la arqueología en toda su extensión. Tales conclusiones, además de incompatibles con la destrucción de 180 metros de la muralla de Jerusalén por Joás de Israel (800-784 a.C.) en 2 Reyes 14.13, limitan las posibilidades de una transmisión de información sobre unas navegaciones fenicias al extremo Occidente en la segunda mitad del siglo X a.C. y a Ofir a mediados del mismo siglo. En los siguientes apartados plantearé algunas interpretaciones textuales y arqueológicas que conducen a no desestimar dichas navegaciones ni un registro de las mismas.

3. DAVID Y SALOMÓN, ¿DOS FIGURAS EJEMPLARES EN TIEMPOS DEL PIADOSO JOSÍAS?

Siempre ha sorprendido que el deuteronomista atribuyese a sus glorificados David y Salomón comportamientos en extremo reprobables. El primero no sólo no respetará a Betsabé, mujer del prójimo, sino que para poseerla urdirá la muerte de su esposo (2 Samuel 11.2-17; 12.9). Y qué decir de Salomón, no conforme con desposar a extranjeras idólatras erigirá altares a Camós, dios de Moab, y Milcom, dios de

¹⁵ Siguiendo a Finkelstein y Silberman, como Reino del Norte se entiende el territorio israelita al norte de Judá.

Ammón, y rendirá culto a Astarté y a cuantas deidades conviniese (1 *Reyes* 11.1-8; 2 *Reyes* 23.13). No parecen ser éstos los reyes modélicos para un Judá en el que se propugna la religión mosaica monoteísta y el código ético del *Deuteronomio*, íntimamente vinculado al “Libro de la Ley” hallado por el sacerdote Helcías durante el reinado del piadoso Josías (639-609 a.C). Podría argumentarse que el fin último de la exaltación de unos reyes impíos no sería otro que manifestar la potestad suprema de la divinidad imponiéndoles el castigo al que se habían hecho acreedores, el mismo espíritu justiciero exhibido por el dios Camós en la estela del rey Mesa de Moab a mediados del siglo IX a.C. Quizás más adecuadamente, Finkelstein y Silberman (2007: 120-1) aprecian en la incongruente imagen negativa de David la pretensión de un judaíta en tiempos de Ezequías (727-698 a.C.) de asimilar a los huídos del Reino del Norte respetando sus tradiciones críticas sobre el monarca. Claro está, que el uso propagandístico de la monarquía unificada significaba que el recuerdo de David y Salomón como soberanos de un territorio relativamente extenso continuaba vivo y era creído y que pudo existir algún tipo de estado israelita primitivo unitario (*ibidem*, 2003: 161).

Las últimas consideraciones abren algunas interrogantes sobre la extensión del territorio controlado por David en la tradición del Reino del Norte y los motivos de la fuerte impresión dejada en las tradiciones de ambos reinos por un discreto dirigente tribal sureño contemplado como un *apiru* jefe de bandoleros (*ibidem*, 2007: 22-5 y 33).

4. ALGUNOS HECHOS DE SAÚL, DAVID Y SALOMÓN

Finkelstein y Silberman (2003: 1, 6 y 25; 2007: XV, XXVII y 63) aceptan la inclusión de fuentes históricas en las redacciones de la Biblia que postulan a fines de los siglos VIII y VII a.C. De acuerdo con el registro arqueológico y antropológico, otorgan fiabilidad a los primeros tiempos de David y aprecian una coincidencia entre la geografía bíblica de las tierras altas de Judá en su época y el paisaje real del siglo X a.C. (*ibidem*, 2007: 9-16 y 33). El silencio sobre Laquis, Bet Semes, Berseba y Arad revelaría que la descripción tuvo lugar antes del desarrollo de estas ciudades en el siglo IX a.C. (*ibidem*, 14). Igual acontece, aunque por la razón contraria, con la importante ciudad filisteá de Gat (Tell es-Safi), que fue destruida, como demuestran las excavaciones arqueológicas, en la segunda mitad del siglo IX a.C. (según 2 *Reyes* 12.17 por Hazael de Damasco) y no volvió a ser citada en las fuentes bíblicas ni en los textos asirios del siglo VII a.C. (*ibidem*, 15-16, 93 y 167). Junto a David, conceden credibilidad a la existencia de Saúl, pues el territorio que la Biblia le asigna no corresponde a ninguna demarcación posterior y los topónimos referidos a su época difieren de los habituales en los últimos tiempos de la monarquía (*ibidem*, 40-3). En cuanto a Salomón, sugieren que los hechos de su reinado recrean el período de Manasés de Judá (698-642 a.C.) y del dominio asirio (*ibidem*, 133-6 y 153), justificando las alusiones a la organización de los distritos del norte (1 *Reyes* 4.7-19) por la utilización de un supuesto texto administrativo de esa procedencia (*ibidem*, 140). De acuerdo con una serie de argumentos arquitectónicos y cronológicos, a Salomón

también le habrían atribuido las importantes construcciones de los monarcas omritas del Reino del Norte en Jasor, Megido y Guézer (*ibidem*, 138-40).

¿Qué luz pueden aportar a estas cuestiones las fuentes extra-bíblicas? La existencia de dos reinos en el siglo IX a.C. está corroborada por documentos asirios, sirios y moabitas. La inscripción monolítica de Salmanasar III (859-824 a.C.) informa sobre la importante fuerza militar de Acab (873-852 a.C.) en la batalla de Carcar (853 a.C.), mientras que la estela aramea de Tel Dan cita a los monarcas Acab, Joram (851-842 a.C.) y Jehú (842-814 a.C.) del Reino del Norte y a los reyes de Judá, Joram (851-843 a.C.) y Ocofías (843-842 a.C.).¹⁶ Otra estela, la moabita del rey Mesa, menciona a Omri (884-873 a.C.) y su dinastía (en 1 Reyes 16.22-23, Omri también funda una dinastía). Especial importancia reviste que la estela de Tel Dan (Biran y Naveh, 1993) y, más controvertidamente, la del rey Mesa de Moab (Lemaire, 1994) aludan a la “Casa de David” en relación con Judá. Las lecturas minimalistas contra esta evidencia de la existencia de David han sido en general rechazadas.

Llegados a este punto, la Biblia informa que David reinó siete años y seis meses sobre Judá desde Hebrón y treinta y tres años sobre todo Israel y Judá desde Jerusalén (2 Samuel 5.5). Si lo último no es cierto, cabe preguntarse quiénes fueron los soberanos del Reino del Norte antes de fundarse la “Casa de Omri” y si, a día de hoy, la arqueología puede verdaderamente asegurar que en el siglo X a.C. no se forjó un solo reino entre dos entidades cuyas diferencias tradicionales generaron ulteriores tensiones.

5. LAS CONQUISTAS DE DAVID

Finkelstein y Silberman admiten que David fundó la dinastía de los reyes de Judá (2003: 146) pero que con los escasos recursos de su territorio, estimados por el número de asentamientos, no pudo haber emprendido grandes conquistas (*ibidem*, 213). Es la razón por la que determinados pasajes los asignan al siglo IX a.C. y no al X a.C. Así, la geografía del censo realizado a fines del reinado de David reflejaría los hipotéticos linajes conjuntos del Reino del Norte y Judá en el siglo IX a.C. y las conquistas davídicas en Moab y los reinos arameos, ausentes excepto Damasco en los documentos de los siglos VIII-VII a.C., habría que atribuir las a los omritas (*ibidem*, 2007: 79 y 88-91). A favor de la última interpretación argumentan que el Hadadézer derrotado por David en 2 Samuel 8.3-12 corresponde al nombre arameo de Adad-idri, el rey de Damasco en la inscripción monolítica de Salmanasar III referida a la batalla de Carcar (*ibidem*, 90-1). Sin embargo, el Hadadézer contemporáneo de David era hijo de Rejob y rey de Sobá, no de los sirios de Damasco que acudieron en su ayuda (2 Samuel 8.3 y 5), mientras que el Hadadézer de la batalla de Carcar, no citada en la Biblia, corresponde al bíblico Ben-Hadad, cuyo padre no era

¹⁶ Una identificación diferente de los reyes citados en la estela de Tel Dan ha sido propuesta por G. Athas (2003).

Rejob, sino Tabrimón, hijo de Hezión, rey de Aram que gobernaba en Damasco (1 Reyes 15.18). Esta sucesión está confirmada por la denominada “estela de Melkar” erigida por Bar-Hadad (Ben-Hadad), hijo de Tab-Rimmon, hijo de Hadyan (Hezión) rey de Aram.

En cuanto a las limitaciones de Judá señaladas, sus posibilidades de movilización de recursos humanos aumentarían al apreciar una más amplia población de pastores y ganaderos que sedentaria (*ibidem*, 17 y 20). Deben también contabilizarse los guerreros quereteos y peleteos a las órdenes de David (2 Samuel 8.18 y 15.18). En el caso de los quereteos es discutible que representen, como Finkelstein y Silberman propugnan, un anacronismo inspirado en la existencia de mercenarios cretenses en el siglo VII a.C. y, en el caso de los peleteos, un intento para glorificar la figura de David mostrando que había dispuesto de mercenarios griegos y, al mismo tiempo, legitimar la cooperación política y económica de Judá con Egipto y sus tropas griegas (*ibidem*, 273-4). Esta aproximación a las tropas de elite griegas de Egipto es difícilmente compatible con el argumento de que la victoria de David sobre Goliat, que personificaría un guerrero de tradición hoplita y no micénica, se debería al deseo de una victoria de Josías sobre dichas tropas (*ibidem*, 177).¹⁷ Aunque la panoplia de Goliat puede asignarse tanto a un guerrero de tradición micénica como hoplita y probablemente la discusión de esta cuestión no aclare el origen de la leyenda, una panoplia de bronce con algún elemento aislado de hierro resulta muy adecuada para el siglo X a.C. Más sugerente es que el nombre de Goliat se encuentre atestiguado en el siglo X o IX a.C. en la ciudad filisteo de Gat a la que se vincula el personaje bíblico.¹⁸ Volviendo a la potencial fuerza militar de David, cabría por último considerar que parte de su ejército pudo haber sido reclutado al norte de Jerusalén si, de acuerdo con las estimaciones de Finkelstein y Silberman, dominó las antiguas tierras de Saúl (*ibidem*, 47 y 62). Este territorio había experimentado en el Hierro I Tardío un aumento espectacular en el número y tamaño de los poblados al que siguió una crisis, a fines del siglo X a.C. (*ibidem*, 44-47), provocada por la invasión egipcia de Sisac (*ibidem*, 55 y 58), pero no se entiende, si no es para minimizarlo, que vinculen esta crisis preferentemente a Salomón (*ibidem*, 47) y no al supuesto período de división sobrevenido después de su reinado en el que la Biblia sitúa la campaña de Sisac (1 Reyes 14.25-26).

Por ahora, la arqueología no permite precisar la extensión del reino de David, aunque la historia está llena de líderes que han conquistado vastos territorios incluso a expensas de poblaciones materialmente más evolucionadas. En el caso que nos ocupa, un desarrollo más rápido de las tierras del norte, quizás determinado por su proximidad a las ciudades sirio-fenicias, conllevaría el repudio y secesión del poder centralizado en Jerusalén, presuntamente mantenido más por el carisma de dos monarcas sucesivos que por la realidad económica y demográfica. La monumenta-

¹⁷ Vide Finkelstein (2002) para una discusión más amplia en torno a los quereteos, peleteos y Goliat.

¹⁸ Dos antropónimos no semíticos, uno similar al filisteo Goliat (*Alwt*), aparecen en una inscripción semítica sobre soporte cerámico hallada en Gat, ciudad de Goliat.

lidad de la Samaria de Omri en el norte marcaría el contrapunto a Jerusalén, pero ¿qué nos dice la arqueología de esta ciudad?

6. ¿FUE JERUSALÉN UN CENTRO DE PODER EN EL SIGLO X a.C.?

El principal argumento contra el esplendor bíblico de los reinados de David y Salomón lo proporciona el registro arqueológico de Jerusalén, pues, aunque los restos materiales del Hierro I superen a los del Bronce Reciente (Finkelstein y Silberman, 2007: 27-8), sus dimensiones en el siglo X a.C. eran extraordinariamente reducidas. Ahora bien, la Biblia no dice que Jerusalén fuese una gran ciudad en esa época, sino más bien lo contrario. David tomó una fortaleza jebusea, que sería la “Ciudad de David”, y edificó a su alrededor, desde el Miló para adentro (2 *Samuel* 5.7 y 9).¹⁹ Hiram, rey de Tiro, le envió madera de cedro, carpinteros y canteros para construir su palacio (2 *Samuel* 5.11). Más tarde, *subió hasta una era* que pertenecía al jebuseo Arauna, la compró y erigió un altar a Jehová (2 *Samuel* 24.16 y 18-25), supuesto predecesor del Templo de Salomón en la actual Explanada de las Mezquitas. Ello significa que la Biblia y el registro arqueológico coinciden en asignar a Jerusalén una extensión limitada. Tampoco durante el reinado de Salomón existen referencias urbanísticas que indiquen lo contrario. No obstante, determinadas alusiones crean al lector la falsa percepción de que Jerusalén era una gran ciudad. Los miles de trabajadores empleados en la construcción del Templo (1 *Reyes* 5.13-16), por ejemplo, no constituyen sino una hipérbole manifiesta y sus esposas y concubinas, provisiones que recibía, caballos, caballerizas, sabiduría, etc. (1 *Reyes* 4.22-35; 9.19; 10.26; 11.3) exageraciones deuteronomistas, aunque el número de esposas y concubinas se refiera a un largo reinado²⁰ y los caballos y caballerizas a todo el territorio. Quedaría por determinar si puede entenderse la Jerusalén del siglo X a.C. como un lugar con escasas viviendas pero asiento de dos edificios de poder, el templo y el palacio, exponentes de la centralización política que siguió a un proceso de articulación de unas comunidades rurales. Este modelo urbanístico no difiere en esencia del conocido en las ciudades del Reino del Norte en el siglo IX a.C., con pocos barrios habitados y unos edificios monumentales reservados a las elites que controlaban los territorios rurales (Finkelstein y Silberman, 2003: 216), ni en las débiles ciudades cananeas que las habían precedido (*ibidem*, 86-7). Existen también dos poderosas razones bíblicas que justifican la elección de Jerusalén por David: por su nacimiento y juventud en su entorno se encontraban sus más fieles aliados e, inmersa en un territorio aldeano, disponía de una fortaleza defensiva. Contra esta

¹⁹ Según 1 *Reyes* 11.27, Salomón edificó el Miló rellenando una hondonada que había en la ciudad de David.

²⁰ La Biblia asigna cuarenta años a los reinados de David (1 *Reyes* 2.11) y Salomón (1 *Reyes* 11.42). Aunque estos períodos resultan muy dudosos por su coincidencia y amplitud, no se encuentran en contradicción con el texto bíblico, pues David falleció anciano y los acontecimientos que se relacionan con Salomón implican un reinado prolongado, aunque no inverosímil: ya con una gran fiabilidad histórica, Manasés reinó en Judá durante cincuenta y cinco años (698-642 a.C.).

centralización de poder es cierto que al sur de Jerusalén los yacimientos durante el Hierro I eran escasos, pero no así en el antiguo territorio de Saúl inmediatamente al norte (fig. 5). Por otro lado, la falta de pruebas de construcciones monumentales en el siglo X a.C. no es tan concluyente como Finkelstein y Silberman a veces dictaminan (2007: 57 y 72-3), si bien fortaleza, palacio y templo demandan ser confirmados arqueológicamente.

Empezando por la fortaleza jebusea, parte de la misma ha querido apreciarse en los restos de una gran construcción sobre terrazas designada como “Estructura Escalonada de Piedra” (fig. 4). Las cerámicas más recientes entre las piedras de los componentes 3, 4 y 5 diferenciados en esta estructura han sido adscritas al Hierro IIA, mientras que la parte inferior del componente 2 (el “Manto Escalonado de Piedra”) quizás podría fecharse en el Hierro IIA final o IIB inicial (Finkelstein *et al.*, 2007: 151-2). Finkelstein y Silberman otorgan a la “Estructura Escalonada de Piedra”, sustentase un fuerte o un palacio, un margen temporal a partir del Bronce Reciente con Abdi-Heba, dirigente de Jerusalén en las cartas de Amarna en el siglo XIV a.C. (2007: 27-8), y aceptan que algunas terrazas subyacentes pudieron estar en uso en el siglo X a.C. (*ibidem*, 248), como lo estaría, desde el Bronce Medio, un sistema subterráneo de conducción de aguas, próximo a la “Estructura Escalonada de Piedra”, identificado por algunos con el utilizado por David en 2 *Samuel* 5.8 para conquistar la fortaleza jebusea (*ibidem*, 249). También consideran que las cámaras labradas en la roca cerca del extremo meridional de la Ciudad de David, atribuidas a las tumbas de los reyes de Judá, son un misterio (*ibidem*, 250). Ello no concuerda con la completa desvinculación de estas obras del siglo X a.C. en otras referencias (*ibidem*, 73). Así y todo, a la vista de la “Estructura Escalonada de Piedra” y el capitel protoeólico comentado (*vide supra*), no descartan un templo y un palacio de envergadura en el siglo IX a.C. y un templo y palacio más modestos anteriores (*ibidem*, 83 y nota 4 en la misma página), si bien la afirmación de que un palacio construido por Hiram se encontraría fuera del contexto histórico que pudo conocer David (*ibidem*, 88) parece fútil, pues en el siglo X a.C. existen huellas de contactos fenicios con el interior, por ejemplo en Tel Masos (*ibidem*, 53-4).

Otra construcción monumental situada doscientos metros al sur de la Explanada de las Mezquitas (fig. 6), la “Gran Estructura de Piedra” (fig. 7), asienta sobre un cúmulo de tierra en el que se exhumaron algunas cerámicas del Bronce Medio, unas pocas del Bronce Reciente y la mayoría del Hierro I (Mazar, 2006: 25) y registraron tres dataciones radiocarbónicas compatibles con la amplitud cronológica determinada por las cerámicas (*ibidem*, 2007: 49). Esta nueva estructura, que desafortunadamente carece de suelos, fue fechada por su investigadora en el siglo X a.C. y, con reservas, identificada bíblicamente con el palacio de David por su situación inmediata por encima de la “Estructura Escalonada de Piedra”, pues, siguiendo a 2 *Samuel* 5.17, David bajó (hipotéticamente desde su palacio) a la fortaleza ante la amenaza de los filisteos (*ibidem*, 2006). Con posterioridad, asignó ambas estructuras a un único complejo (*ibidem*, 2007: 46 y 64). Finkelstein *et al.* (2007: 154) datan los muros de la “Gran Estructura de Piedra” entre el Hierro I / inicios del Hierro IIA y el período Herodiano y opinan que el cúmulo de tierra sobre el que asienta no se justificaría por una actividad *in situ* dado su escaso espesor, sino por un relleno aca-

rreado desde otra zona (*ibidem*, 147-9). Sin embargo, esta interpretación continuaría fechando el inicio de la estructura preferentemente en el Hierro I, pues si Jerusalén era tan insignificante en esa época sorprende la falta de cerámicas más recientes en el lugar de procedencia de las tierras utilizadas para el relleno. También extraña su ausencia por debajo del supuesto relleno, salvo que el lugar permaneciese despoblado desde el Calcolítico / Bronce Antiguo (el nivel más profundo: *ibidem*, 147) o, lo que constituye una hipótesis inverosímil, que antes de la construcción se hubiese procedido a un vaciado para volver a rellenar con tierras de otra procedencia.

Contemplando ahora la posibilidad de un santuario muy antiguo en la Explanada de las Mezquitas, Finkelstein y Silberman reconocen que determinadas construcciones pudieron ser destruidas o sepultadas por otras posteriores como el colosal templo de Herodes (*ibidem*, 72-73) y que cualquier debate sobre la historia arquitectónica del templo sería especulativo (*ibidem*, 151). En su opinión, una temprana versión de la construcción del templo pudo ser escrita en época de Ezequías (727-698 a.C.) (*ibidem*, 120), cuando ya ostentaba una grandiosidad que le quedaba grande a Salomón, a quien, falto de recursos, sólo le reconocen la posibilidad de un modesto santuario (*ibidem*, 150). Más tarde, en una fecha algo anterior a Josías (639-609 a.C.), acaso podría datarse una amplia descripción del mismo (*ibidem*, 183).

Si ya es una suerte que a pesar de las actividades constructivas y destructivas en Jerusalén durante tres mil años, en ocasiones de gran amplitud, aún se hayan conservado la “Estructura Escalonada de Piedra” y la “Gran Estructura de Piedra” como lacónicos testigos de lo que fue un edificio de envergadura, todo pronunciamiento sobre cualquier construcción del siglo X a.C. en la Explanada de las Mezquitas, mientras el estatus político-religioso impida su investigación arqueológica, deberá fundamentarse en un análisis razonado de los textos. Cuando menos, es seguro que el templo destruido por los babilonios en el año 587 a.C. era bastante anterior a fines del VIII a.C., pues el deuteronomista no hubiera podido asignar una falsa antigüedad a un edificio que estaba a la vista de todos y era perfectamente conocido. Por lo demás, las discutidas construcciones de Jerusalén poco tenían que ver con las capacidades de los israelitas, pues la “Ciudad de David” era una fortaleza jebusea y el palacio de David y el Templo de Salomón obras fenicias (¡el deuteronomista asignó a idólatras la construcción de la Casa del Señor!). Quizás convendría prestar más atención a la influencia fenicia en este período del antiguo Israel. Dicho esto, que Jerusalén no figure entre las ciudades conquistadas por Shoshenk I (identificado con Sisac) en el pórtico de Karnak puede explicarse porque cada prisionero aparece representado con el nombre de su ciudad conquistada y Jerusalén no lo fue aunque, supuestamente, pagase tributo (1 Reyes 14.25-26). Otras digresiones sobre el particular o sobre las razones de un redactor tardío informado sobre Shoshenk I para atribuir a Jerusalén esa carga tributaria resultan ambiguas.

De lo expuesto puede concluirse que, aunque Jerusalén estuviese en el siglo X a.C. lejos de alcanzar las dimensiones de una gran ciudad, nada excluye que hubiese constituido un centro con edificios de poder.

7. TARSIS Y LA ESCRITURA EN ISRAEL

La ausencia de signos de actividad de escribas y de una alfabetización extendida en Judá constituye para Finkelstein y Silberman otra prueba substancial de que Jerusalén no fue un asentamiento destacado durante la época de David y Salomón (2007: 72). Los relatos sobre David los atribuyen a los bardos del siglo IX a.C., cuando ya se habría instaurado en Jerusalén una corte regia (*ibidem*, 95), y habrían sido transmitidos por vía oral hasta su redacción a fines del siglo VIII a.C. (*ibidem*, 9, 13, 29, 100-1 y 112-3). Es así que la inscripción del túnel de Siloé en tiempos de Ezequías vendría a representar la primera utilización de la escritura para una notificación pública (*ibidem*, 111). Contra este *argumentum ex silentio*, una serie de inscripciones, ocasionalmente interpretadas como ejercicios de escritura, es invocada a favor de la aparición temprana de escribas en Judá. Por su importancia y datación en el siglo X a.C. destacan el “calendario” de Guézer y la inscripción de Tel Zayit (Tappy *et al.*, 2006), a unos 46 kilómetros al NW y 56 kilómetros al SW de Jerusalén respectivamente. Aunque se trata de textos limitados, cuando menos acreditan la introducción temprana en Judá y su entorno de una escritura alfabética próxima a la fenicia y cabría considerar la existencia de un solo escriba para que un registro de los acontecimientos más destacados hubiese tenido lugar.²¹ Algo más reciente, ca. 850 a.C., la inscripción del rey Mesa de Moab resulta sumamente esclarecedora desde varias perspectivas: su extensión es inusual entre los documentos escritos conocidos en la región en esa época; la escritura moabita, como la hebrea, se encuentra vinculada a la fenicia; la aldeana Moab no estaba más desarrollada que su vecina Judá; la terminología y fraseología empleadas son prácticamente idénticas a la bíblica; narra acontecimientos que interesan a la Biblia, como, en coincidencia con 2 Reyes 1.1 y 3.4-27, la rebelión de Moab contra Israel, su vocación ovejera o los cuarenta años de reinado de la Casa de Omri; también señala que Mesa se hizo un palacio. Pero, sobre todo, es del máximo interés la existencia a mediados del siglo IX a.C., como muy tarde, de escribas que desde su infancia pudieron recibir información sobre sucesos de la segunda mitad del siglo X a.C. por boca de quienes les habían precedido en una o dos generaciones (padres y abuelos). En consecuencia, si incluso obviando plausibles registros en pergamino o papiro se considera que la estela de Mesa representa el documento histórico más antiguo producido en la región, no puede excluirse la existencia en Judá y el Reino del Norte, geográficamente situados entre Moab y las ciudades fenicias que tanto influyeron en la difusión de la escritura (Naveh, 1987), de escribas informados sobre acontecimientos de la época de Salomón.

Entre los sucesos que merecen contemplarse se encuentran los viajes a Tarsis. Ya señalamos que los productos demostrados en Huelva en época emporitana-precolonial, en coincidencia con los mencionados en 1 Reyes 10.22, difícilmente habrían sido imaginados por un escritor deuteronomista dos siglos más tarde (*vide supra*).

²¹ Obviamos las referencias bíblicas a un *mazkir* (del hebreo “recordar”) o cronista y a un *sopher*, secretario o escriba, en los reinos de David (2 Samuel 8.16-17 y 20.24-25) y Salomón (1 Reyes 4.3).

La llegada de estas riquezas debió tener un fuerte eco en la región sirio-palestina y, por lo expuesto, no es posible rechazar algún registro en origen o no muy distanciado en fuentes fenicias o israelitas. Cuestión diferente es hasta dónde la figura de Salomón pudo ser sobredimensionada o, incluso, incluida tardíamente en el relato. Finkelstein y Silberman (2007: 154-5) aprecian en los viajes a Tarsis un intento de igualar a Salomón con los posteriores monarcas del Reino del Norte diciendo que *tal como ellos navegó por alta mar en busca de tesoros, pero tales empresas son ajenas a dichos monarcas*. También alegan la falta de documentos contemporáneos extra-bíblicos sobre un rey Hiram en época de David y Salomón, la constatación de un Hiram más tardío que tributó a Tiglat-Pileser III y la probable identificación de Tarsis con Tarso en el sureste de Turquía (*ibidem*, 151-2), pero estos argumentos carecen de consistencia.

La falta de referencias extra-bíblicas a un rey Hiram de Tiro en el siglo X a.C. no sorprende dada la utilización por los fenicios de papiro para sus registros²² y la inexistencia de fuentes sirias, asirias y egipcias sobre los gobernantes del siglo X a.C. en la región (David representa una afortunada excepción).²³ Pese a todo, la interpretación de algunos textos abre la posibilidad de que el silencio sea sólo aparente. Hiram fue un nombre común entre los monarcas fenicios y no existen razones para identificar el Hiram (II) que tributó a Tiglat-Pileser III en relación con las campañas asirias de 734-732 a.C. con el Hiram (I) mencionado en 1 Reyes 10.22, pues éste también figura en la lista de los reyes de Tiro de Flavio Josefo, que no tiene por qué estar inspirada en la Biblia como sugieren (*ibidem*, nota 5 en p. 152). Flavio Josefo asegura que Díos y Menandro de Éfeso, autores a los que sigue, se basan en crónicas tirias (*Antigüedades Judías* VIII 5.3, §144-149; *Contra Apión* I 18, §116-127), además, salvo Hiram (I) e Itóbal, cuya hija Jezabel fue consorte de Ahad de Israel según 1 Reyes 16.31, los sucesivos reyes de Tiro que enumera siguiendo a Menandro son desconocidos por la Biblia: Abíbal, Hiram (I), Balezar, Abdástrato, un usurpador de nombre no indicado, Metusástrato, Astárimo, Feles, Itóbal (I), Balezor, Meteno (I) y Pigmalión. Algunos problemas de identificación plantea el Hiram, rey de los sidonios, de la inscripción sobre un cuenco de bronce de Limasol (Lipinski, 2004: 47-8). Otros Hiram son el también citado por Flavio Josefo (Hiram III) entre los últimos soberanos de Tiro (*Contra Apión* I 21, §155-158) y, en fin, el Ahiram de Gebal (Biblos) conocido por la famosa inscripción de su sarcófago.

En cuanto a la reducción Tarsis-Tarso se trata de una propuesta errónea por múltiples razones. Aunque el entorno de Tarso puede proporcionar metales, incluyendo plata y estaño, no se documenta, como en Huelva, una explotación *vinculada a los fenicios* de todos los productos claramente indicados en la Biblia (oro, plata, marfil, hierro, estaño y plomo)²⁴ en una época que antecede con mucho a la redacción deu-

²² *La Historia de Unamón*, ca. 1075 a.C., menciona escribas en la corte de Zakarbaal de Biblos y la existencia de registros reales entre los antecesores de este rey.

²³ La misma explicación justificaría la falta de referencias extra-bíblicas sobre Saúl según Finkelstein y Silberman (2007: 40).

²⁴ Finkelstein y Silberman (2007: 129) aceptan las versiones tardías que interpretan el hebreo *t(w)kyym* de 1 Reyes 10.22 como pavos reales, cuando es un término no resuelto (Koch, 2004: 45) o, de acuerdo con

teronomista. Tarso no está a la gran distancia de Tiro que señalan las referencias bíblicas, la inscripción de Asharadón, el testimonio de Polibio y, quizás, la estela de Nora (*vide supra*) y tampoco en la ruta hacia Tarsis que establece *Jonás* 1.3.²⁵ Incluso *Ufaz*, proveedora de oro y citada junto a Tarsis en *Jeremías* 10.9, podría corresponder a África Occidental, tan alejada de Tarso y frente a Huelva. Además, los fenicios no habrían explotado con la falta de competencia que lo hicieron las ricas materias primas de Tarsis y su entorno si fuese Tarso. No menos controvertida resulta la identificación por aparecer Tarsis junto a supuestos lugares de Asia Menor en *Génesis* 10.4 e *Isaías* 66.19. *Génesis* 10.4 cita a Elisá y Tarsis, Kittim y Dodanim, siendo problemáticos los topónimos que encubren estos antropónimos y su consideración como hijos de Javán (los jonios) en algún caso.²⁶ *Ezequiel* 27.7 informa que las islas o costas de Elisá producían y exportaban púrpura a Tiro, industria relacionada con los fenicios. Respecto a *Isaías* 66.19, Tarsis aparece citado antes de Put, Lud, Tabal y Javán. Como el versículo fue escrito después del destierro a Babilonia, Tarsis pudo ser ya confundido con Tarso, aunque podría considerarse su mención antes de Put (los libios). En último lugar, Tarso es *Tarzi* o *Tarzu* en las inscripciones asirias cuneiformes (Täckholm, 1965: 159; Tyloch, 1978: 48; Tsirkin, 1986: 180), como confirman las monedas fenicias del período persa que portan la grafía *Trz* (Tyloch, 1978: nota 26; Tsirkin, 1986: 180), mientras que Tarsis es *Tarsisi* en la inscripción de Asharadón. Las diferencias entre las grafías semíticas *Trz* y *Tršš* y entre las cuneiformes *Tarzi/u* y *Tarsisi* son evidentes (Lipinski, 2004: 262).²⁷ Probablemente, los hebreos de época post-exilar identificaron el término persa para Tarso con el antiguo Tarsis. Es la misma identificación incorrecta de Flavio Josefo en sus paráfrasis de *Génesis* 10.4 (*Antigüedades Judías* I 6.1, §127) y *Jonás* 1.3 (*ibidem*, IX 10.2, §208). Por consiguiente, la reducción Tarsis-Tarso es inadmisibles tanto desde el análisis textual como desde la arqueología y la lógica histórica.

el Profesor Heltzer en amable comunicación personal, un *hápax* que puede significar cualquier cosa; por otro lado (*ibidem*, 152), admiten como probable la identificación de Tarsis con Tarso donde no existen pavos reales.

²⁵ Aunque de probable redacción post-exilar, diversos estudiosos defienden que el *Libro de Jonás* encierra una tradición anterior, quizás del siglo VIII a.C. La singladura de una nave (sin duda fenicia) que hace escala en Jope (Yafo) para continuar hacia Tarsis, además de inadecuada para alcanzar Tarso, sitúa el origen del relato antes del exilio a Babilonia, pues, para entonces, ya se había interrumpido la relación comercial fenicia con el lejano Occidente. Es interesante que el ámbito de Jonás no pertenezca a Judá sino al Reino de Norte.

²⁶ Tan forzado resulta considerar a Tarso hija de los griegos como a Huelva. Un Tarsis occidental vinculado a los griegos ha querido apreciarse en los jonios que llegaron a Tarteso (Dhorme, 1932: 46). Los hallazgos arqueológicos de las últimas décadas permiten identificar el hábitat protohistórico de Huelva con la ciudad-emporio de Tarteso de las fuentes escritas (González de Canales 2004: 279-334; González de Canales *et al.*, 2007), que, obviamente, no corresponde al santuario fenicio de El Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007). Entre estos hallazgos destacan miles de fragmentos cerámicos y algunos grafitos de la misma adscripción que aseguran una importante presencia griega entre fines del siglo VII a.C. y mediados del VI a.C. Para esta época, Huelva había alcanzado una extensión en torno a 20 hectáreas densamente ocupadas (“casa a casa”) con una urbanística de corte oriental.

²⁷ En cuanto al Tarsis del *Libro de Ester*, podría derivar del persa *trsus*, con significado de “ávido” (Tyloch, 1978: nota 5).

8. EZIÓN GUÉBER Y EL VIAJE A OFIR

Un acuerdo entre Hiram y Salomón permite que expertos fenicios construyan en Ezión Guéber una flota (o sólo una nave: *vide* nota 8) para viajar a Ofir (1 Reyes 9.26-28).²⁸ Como en los viajes a Tarsis, los protagonistas son de nuevo los fenicios de Tiro. Más tarde, Josafat (870-846 a.C.) construye naves de Tarsis en un intento de reabrir esta ruta marítima, pero las naves se hunden en el propio Ezión Guéber (1 Reyes 22.48-49).²⁹ Aunque para algunos el viaje a Ofir es un mito, Finkelstein y Silberman no obvian que, en *Génesis* 10.28-29, Ofir figura junto a Sheba/Saba,³⁰ sin duda en el sur de Arabia (2007: 146), ni la existencia en el Yemen de restos de la Edad del Hierro anteriores al siglo VIII a.C. (*ibidem*, 149).³¹ El topónimo también se encuentra atestiguado en una inscripción de Tel Qasile (Maisler/Mazar, 1950-1951: 104, fig. 13f, 209-10 y lám, 38A).

Al parecer, el problema reside en que Tell el-Kheleifeh, provisionalmente identificado con Ezión Guéber por su localización en el extremo norte del golfo de Acaba, no era más que una duna de arena hasta fines del siglo VIII a.C. (*ibidem*, 153 y 265).³² Sin embargo, ni los versículos citados, ni las referencias en *Números* 33.35-36 y el *Deuteronomio* 2.8 mencionan edificio portuario alguno en Ezión Guéber y la arqueología no demuestra que el viaje a Ofir no tuviese lugar, sino, como cabría esperar ante la ausencia de tradiciones náuticas relevantes entre los pueblos seminómadas de la zona, la inexistencia en la costa edomita del mar Rojo de tales edificios en el siglo X a.C. Ahora bien, considerando que para construir una nave en una playa sólo se precisa madera, resina (brea) y fibras vegetales (estopa) para calafateado, cabos de fibra vegetal, tela para el velamen, los instrumentos de carpintería adecua-

²⁸ Sólo debió realizarse un viaje a Ofir pues “nunca jamás viose semejante madera de *almuggim*” (1 Reyes 10.12) y, a diferencia de Tarsis, salvo por el posterior intento fracasado de Josafat, la Biblia no vuelve a referir navegaciones a ese lugar.

²⁹ Contrariamente a lo que ocurre con Josafat, en tiempos de Hiram/Salomón no se mencionan naves de Tarsis en relación a Ofir. Si ello es debido a que los fenicios no habían navegado todavía al lugar del que las naves tomaron su nombre, las primeras navegaciones a Tarsis habría que situarlas, provisionalmente, a fines del reinado de Hiram I.

³⁰ El famoso viaje de la reina de Saba ha sido considerado como una pieza literaria anacrónica del siglo VII a.C. tendente a magnificar la figura de Salomón (Na’Aman 1997: 73) y, también, a legitimar la participación de Judá en el comercio arábigo (Finkelstein y Silberman 2006: 149).

³¹ La localización de Ofir es objeto de especulación. En *Génesis* 10.28-29 figura entre Saba y Havila, otra región aurífera en *Génesis* 2.11. Atendiendo al comercio de caravanas hasta Asiria y constatándose un Saba en el sur de Arabia en las tablillas mesopotámicas de Hindanu del siglo VIII a.C., la hipótesis de un Ofir en el oeste de Arabia ha sido contemplada como la más plausible (Kitchen 1997: 145). Al igual que en el lugar de partida (Ezión Guéber), es sumamente improbable que la discutida travesía a Ofir en el siglo X a.C. haya dejado huella alguna en el lugar de destino. Tampoco en África se han detectado huellas fenicias en relación con la explotación de marfil y huevos de avestruz constatada en Huelva durante la fase emporitana-precolonial.

³² Otra localización propuesta para Ezión Guéber ha sido la isla de Jezirat Faraun o su entorno en el golfo de Acaba.

dos y, sobre todo, buenos carpinteros de ribera,³³ no parece que la arqueología, salvo por la inesperada aparición de una inscripción que lo confirme, pueda decir mucho sobre esta cuestión. Respecto al intento fallido de Josafat, razonablemente por falta de carpinteros de ribera y marineros fenicios expertos, ¿a qué semejante invención? La tergiversación del autor de 2 *Crónicas* 20.35-37, profecía de Eliécer incluida, intenta atribuir el fracaso a la participación en el proyecto del impío Ococías del Reino del Norte (852-851 a.C.), cuando, de forma explícita, en 1 *Reyes* 20.49 Josafat rechazó su apoyo. Confunde también las naves de Tarsis para ir a Ofir con navíos para ir a Tarsis. El error no parece intencionado, más bien denota el desconocimiento de un hebreo del siglo IV a.C. de la situación de muchos lugares mencionados en sus libros sagrados cuando Tarsis probablemente ya sólo era un tópico (Blázquez, 1980: 36). La misma circunstancia explicaba la errónea identificación tardía de Tarsis con Tarso.

Desde otra perspectiva, una navegación fenicia por el mar Rojo en el siglo X a.C. exigía algún tipo de acuerdo con las poblaciones de Edom hasta el golfo de Acaba, ¿fue ello posible? Aunque, en principio, antes del siglo VII a.C. Edom estuviese habitado por pastores nómadas y no existiese un poder fuerte (Finkelstein y Silberman, 2003: 45 y 76), la demostración de explotaciones cupríferas continuadas durante la Edad del Hierro en la región de Feinán, en el margen oriental del valle de Arabá (*ibidem*, 2007: 153), introduce algunos cambios en el panorama. Entre los centros de producción destaca Khirbet en-Nahas (Levy *et al.*, 2004).³⁴ Progresivamente, también se ha evidenciado una red de asentamientos en la ruta caravanera de este a oeste en el siglo X a.C., destacando Tel Masos en el valle de Berseba, un centro intermedio en el comercio del cobre de los centros mineros de Arabá y quizás también de los productos de Arabia y la costa fenicio-filistea con los que se constatan contactos culturales (Finkelstein y Silberman 2007: 53-4). A la vista de estos hallazgos y con independencia del grado de influencia de la “Casa de David” sobre Edom, un acuerdo de los fenicios con los habitantes de Judá y los edomitas para acceder al mar Rojo no parece inviable. Por contra, es difícil que el viaje a Ofir en época de Salomón fuese una ficción del siglo VII a.C. inspirada en el momento en el que Judá participaba en el lucrativo comercio árabe bajo control asirio (*ibidem*, 2003: 161), pues el viaje no se plantea por una ruta terrestre sino por mar y constituye, fundamentalmente, una empresa fenicia; también que el posterior intento de Josafat represente el eco de un esfuerzo de Judá en el siglo IX a.C. por controlar las rutas comerciales (terrestres) con ayuda del Reino del Norte, o que se confunda con posteriores actividades comerciales por el mar Rojo (*ibidem*, 2007: 82), pues Josafat rechazó la ayuda de Ococías, la ruta comercial que pretende rea-

³³ Seguimos aquí la idea expuesta en la ponencia “Sobre dioses, pilotos y tierras” desarrollada por L. A. Ruiz Cabrero en la reunión científica conmemorativa del X Aniversario del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, *Tarsis y el Lejano Occidente en torno al siglo X a.C.* (Universidad Complutense de Madrid, 10-11 de diciembre de 2007).

³⁴ Finkelstein (2005) expresa dudas cronológicas sobre Khirbet en-Nahas y relaciona la actividad minera atestiguada en este centro con el valle de Berseba o las montañas del Neguev y no con la antigua historia de Edom.

brir es de nuevo marítima y desconocemos qué supuestas actividades posteriores por el mar Rojo inspirarían el versículo. Quizás no estemos ante un mito, sino ante fragmentos de historia de fecha muy antigua, alguna de esas “briznas” de verdad histórica sobre David y Salomón que Finkelstein y Silberman admiten (2003: 25-6).

9. CONCLUSIONES

La percepción de una gran ciudad de Jerusalén en el siglo X a.C., arqueológicamente insostenible, o incluso de un asentamiento que cumpliera los requisitos mínimos de una ciudad debe ser sustituida por la más realista de un centro de poder con fortaleza, palacio y templo, aunque la demostración de estos edificios se enfrente a las dificultades que derivan de las profundas transformaciones urbanísticas experimentadas a lo largo del tiempo. No obstante, en relación con la fortaleza y palacio existen estructuras que sugieren alguna construcción monumental en esa época. Sobre el templo, las circunstancias que condicionan la investigación en la Explanada de las Mezquitas impiden cualquier aproximación arqueológica, si bien la tradición debe retrotraerse a una fecha muy anterior a fines del siglo VIII a.C. cuando, plausiblemente, fue registrada por escrito. Por último, la estela de Mesa evidencia la existencia de escribas que dispusieron de noticias fiables sobre acontecimientos del siglo X a.C. entre los que cabría considerar las navegaciones a Tarsis. También es lícito postular el uso de papiro o pergamino y que las inscripciones conservadas en piedra sólo representan una ínfima parte de los documentos escritos.

Aunque en este artículo, además de reafirmar la identificación de Tarsis con Huelva a través de los textos y la arqueología, hemos hecho crítica a la crítica de algunas cuestiones bíblicas que interesan a Jerusalén y las navegaciones fenicias al lejano Occidente, debemos reconocer la importancia de los análisis revisionistas, no sólo por la parte de razón que puedan tener, sino, fundamentalmente, porque han obligado a afrontar la fiabilidad histórica de la Biblia con el máximo rigor hoy posible.

10. **ADDENDUM: Sobre la deposición primaria de los materiales de época emporitana-precolonial exhumados en Huelva.**

Complementariamente al problema discutido y en prevención de posibles confusiones comentaremos la sugerencia de que la marisma correspondiente al estrato gris-negruczo observado *in situ* durante el vaciado del solar calle Méndez Núñez 7-13 / plaza de las Monjas 12 no habría permitido una ocupación antrópica por tratarse de un medio fangoso y anegado. A partir de esta premisa, los materiales arqueológicos en la misma se explicarían, bien por haber sido desplazados por arroyadas desde una hipotética deposición primaria en cotas más altas del hábitat, donde hasta la fecha no han sido constatados, bien porque fueron arrojados desde barcos. La primera propuesta sólo sería creíble si hubiese existido una pendiente suficiente, tal como ocurre en las laderas de los cabezos próximos, pero éste no era el caso: a la llegada de los fenicios el paisaje estaba conformado por una marisma salada de dis-

posición prácticamente horizontal y en parte continentalizada (abundante vegetación marismña y restos de artrópodos), que alcanzaba su mayor amplitud al sur de los referidos cabezos. Como es lógico y se comprueba en numerosas excavaciones, la falta de pendiente propició que sólo los sedimentos de grano fino arrastrados por las arroyadas alcanzasen la marisma. Todavía en un plano de 1870 puede apreciarse que la pendiente media no superaba el 4% en los cien primeros metros entre el solar investigado y el cabezo del Molino de Viento, interpuesto entre el solar y el cabezo de San Pedro, y que difícilmente alcanzaba el 2% en los primeros 50 metros (fig. 8) siendo aún menor, incluso inexistente, tres mil años antes. La propuesta contradice así las leyes de la gravedad y del rozamiento al deslizamiento, pues los hallazgos incluyen escorias y objetos de piedra de gran tamaño y superficies irregulares, algunos de dos o tres kilogramos de peso, que en modo alguno podrían haber sido desplazados hasta el lugar. En contraste, faltan los cantos rodados de la cubierta cuaternaria y los restos de malacofauna marina del terciario tan frecuentes en los cabezos. Tampoco los materiales arqueológicos muestran signos de rodamiento, erosión o desgaste. Desafía la ley de la flotabilidad, conjeturando que cuando las maderas y semillas de especies agrícolas alcanzaban la marisma arrastradas por las arroyadas eran inmovilizadas resistiendo los reflujos de las mareas oceánicas que, supuestamente, la inundaban a diario. Desafía, en fin, las leyes de la lógica, al asumir el arrastre de *todas* las cerámicas fenicias de ca. 900-770 a.C., imaginariamente depositadas en cotas más altas, pero sólo parte de las autóctonas, tan abundantes en el contexto como las fenicias. Con idéntico presupuesto se ha pretendido explicar la alta representación de cerámicas griegas arcaicas en determinados solares y su práctica ausencia en San Pedro (aunque últimamente han aparecido algunas), cuando lo que apuntan, como en otras ciudades-emporio cosmopolitas, es la existencia de zonas de ocupación en parte étnicamente diferenciadas. Por si cupiese alguna duda, en la excavación precedente del solar se documentaron habitaciones con zócalos de pizarras bien conservados por encima del estrato estudiado y un edificio más noble convincentemente interpretado como un templo fenicio (Osuna *et al.*, 2001). Estas estructuras no difieren de las conocidas en la calle del Puerto, equidistante del solar y del antiguo cabezo del Molino de Viento (fig. 8). ¿Cómo explicar el brusco cese del hipotético arrastre de los materiales ahora documentados en los niveles superiores del solar y en las diversas excavaciones del entorno, incluso en las que alcanzaron la segunda mitad del siglo VIII a.C., cuando sí aparecen frecuentes paquetes sedimentarios de arenas terciarias procedentes de los cabezos?

Menos discusión demanda la sugerencia de que los materiales habrían sido arrojados desde barcos que surcaban un imaginario estero, ¿naves arrojando paredes de hornos, escorias de hierro, plata y cobre, crisoles, piezas y restos de talla de marfil, fragmentos de cerámicas de todo tipo, ánforas con salazones, conchas de *Murex*, maderas y semillas agrícolas que se incrustaban en el fondo de las aguas y un largo etcétera?

Que una marisma salada en parte continentalizada, aunque expuesta a ocasionales inundaciones durante las mareas equinociales, puede ser ocupada lo demuestran las sencillas viviendas de junco y alguna construcción de mayor envergadura (como un molino de marea aprovechando los caños) asentados hace

décadas en las márgenes del estuario de Huelva. Hay que aclarar que el grado de humedad y adherencia de los limos del estrato que proporcionó los materiales arqueológicos no corresponde al que presentaban en el momento de ocupación, sino que es secundario a una elevación del nivel freático (agua dulce) por encima de los mismos debido a su carácter impermeable cuando la marisma fue cubierta por ulteriores actividades antrópicas y depósitos arenosos terciarios. Esta rehidratación, junto a la abundancia de restos orgánicos (flora marismena) y un pH alcalino, explica el viraje del color de muchas cerámicas a blanquecino o grisáceo desde rojizos o anaranjados originales, en algunos casos parcialmente recuperados tras un tiempo de re-exposición atmosférica.

Puede que la intención no sea otra que obviar un elevado número de cerámicas fenicias, chipriotas y griegas, verdaderos indicadores cronológicos de primera magnitud *per se*, para justificar, poco antes de cualquier influencia fenicia, la fulgurante aparición por estímulos internos propios de una sociedad compleja con grandes asentamientos de carácter cuasi urbano, una jerarquización superior a la representada por unas sencillas jefaturas locales y, merced al descubrimiento independiente de numerosas técnicas bien conocidas en Oriente (de sistemas de cultivo, eboraria, pesqueras, metalúrgicas, etc.), una profusa diversificación de actividades hasta entonces desconocida. Considerando que la presencia fenicia está confirmada desde el siglo IX a.C., como muy tarde, no es eso lo que demuestra el registro arqueológico, ni en la urbanística, ni en las necrópolis (ausentes salvo una hipotética perduración de los enterramientos en cista), ni en las actividades industriales y agrarias constatadas. Tal desarrollo no tiene parangón en otras culturas occidentales, la villanoviana, por ejemplo, no lo alcanza hasta la segunda mitad del siglo VIII a.C., ya en época orientalizante. Si el carácter preferencio de la Fase I de San Pedro pudo en su día ser razonablemente planteado, hoy no puede sustentarse, no sólo porque el repertorio autóctono de esta fase se encuentre representado en el contexto actual junto a cerámicas fenicias, sino también, porque al correspondiente a la posterior Fase II acompañan cerámicas fenicias más recientes que las ahora documentadas (Blázquez *et al.*, 1979: 147-56; Ruiz Mata *et al.*, 1981: 255), e igual acontece en la Fase I/II individualizada en San Bartolomé de Almonte, cuya datación entre la segunda mitad del siglo VIII a.C. e inicios del VII a.C. (Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986: 169, 176-7, 220, 237) resulta apropiada. En consecuencia, los miles de cerámicas fenicias exhumadas son necesariamente coetáneas de la Fase I del cabezo de San Pedro, cuyo carácter preferencio y adscripción a la Edad del Bronce queda en su totalidad o al menos en gran parte comprometida sin necesidad de recordar que el famoso muro fenicio descubierto en ese cabezo asentaba en la Sub-Fase IB del Bronce Final (Ruiz Mata *et al.*, 1981: 179-95 y láms. III-XII), implicando su factura mediante sillares la llegada de canteros y el transporte de areniscas desde varias decenas de kilómetros de distancia. Quedaría así justificada la frecuente aparición de objetos orientales y de inspiración oriental, o representaciones de los mismos, en múltiples contextos autóctonos “precoloniales” y, en perfecta estratificación, en la base de la estratigrafía del Bronce Final de La Peña Negra de Crevillente, Alicante (González Prats, 1990: 106). Con similar propósito, determinadas cerámicas autóctonas son esgrimidas como indicadores preferenciosos cuando, con frecuencia, perviven más allá de la

llegada de los orientales, son prácticamente coetáneas de la misma o, incluso, de aparición posterior. En realidad, aún no podemos precisar qué densidad de ocupación presentaban las zonas del litoral y cuál era exactamente la vajilla cerámica indígena en uso cuando los fenicios arribaron por primera vez a nuestras costas, ni otras cuestiones tan determinantes para el conocimiento de la Edad del Bronce como la amplitud cronológica de los enterramientos en cista en el suroeste de la Península.

No por excluir las influencias exógenas glorificaremos unas civilizaciones tan dignas de atención como otras más desarrolladas tecnológicamente. Destaquemos, en todo caso, la capacidad de adopción de los nuevos avances por la población autóctona durante los siglos que siguieron, escritura incluida, y el control político que en el siglo VI a.C. personifica la figura del *basileús* Argantonio. Desde otra perspectiva, no todo apunta hacia una benéfica acción fenicia universal: las ciudades amuralladas de La Fonteta, Castillo de Doña Blanca y Tavira reflejan potenciales enfrentamientos y rechazos (González Wagner, 2005: 183); la prosperidad de la ciudad de Huelva no se registra en las zonas mineras próximas y existen argumentos de peso a favor de la instauración de un penoso sistema de explotación esclavista en amplios territorios (Moreno Arrastio, 2000).

En relación con estas y otras cuestiones constituye un serio motivo de preocupación compartida la falta de proyectos dirigidos a documentar los niveles más profundos del hábitat de Huelva.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1957-1958): "A propósito de las fibulas de Huelva". *Ampurias* 19/20: 198-207.
- ATHAS, G. (2003): *The Tel Dan Inscription: A Reappraisal and a New Interpretation*. *Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series* 360, Copenhagen International Seminar 12. Sheffield: Sheffield Academic.
- BIKAI, P. M. (1978a): *The Pottery of Tyre*. Warminster: Aris & Phillips Ltd.
- BIKAI, P. M. (1978b): "The Late Phoenician Complex and Chronology". *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 229: 47-56.
- BIKAI, P. M. (1981): "The Phoenician Imports", en V. Karageorghis (ed.), *Excavations at Kition IV. The non-Cypriote Pottery*, pp. 23-35 y láms. XIX-XXVI, Nicosia: Department of Antiquities of Cyprus.
- BIKAI, P. M. (1987): *The Phoenician Pottery of Cyprus*. Nicosia: A. G. Leventis Foundation.
- BIRAN, A. y NAVEH, J. (1993): "An Aramaic Stele Fragment from Tel Dan". *Israel Exploration Journal* 43: 81-98.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1980): "Las Fuentes". *Revista de Arqueología Extra* 1 (*Tartessos*): 33-40.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., RUIZ MATA, D., REMESAL RODRÍGUEZ, J., RAMÍREZ SADABA, J. L. Y CLAUSS, K. (1979): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977. Excavaciones Arqueológicas en España* 102.

- BORGER, R. (1956): *Die Inschriften Asarhaddons Königs von Assyrien. Archiv für Orientforschung* 9. Graz: Weidner.
- BOTTO, M. (2004/2005): “Da ‘Sulky’ a Huelva: considerazioni sui commerci fenici nel Mediterraneo antico”. *Annali di archeologia e storia antica* 11-12: 9-28.
- BUNNENS, G. (1979): *L’expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d’interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires. Études de philologie, d’archéologie et d’histoire anciennes* 17. Bruxelles-Rome: Institut Historique Belge de Rome.
- DHORME, E. (1932): “Les peuples issus de Japhet d’après le chapitre X de la Genèse”. *Syria* XIII: 28-49.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. Y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado*. Córdoba: Almuzara.
- FINKELSTEIN, I. (2002): “The Philistines in the Bible: A Late-Monarchic Perspective”. *Journal for the Study of the Old Testament* 27 (2): 131-67.
- FINKELSTEIN, I. (2005): “Khirbet en-Nahas, Edom and Biblical History”. *Tel Aviv* 32 (1): 119-25.
- FINKELSTEIN, I., HERZOG, Z., SINGER-AVITZ, L. Y USSISHKIN, D. (2007): “Has King David’ Palace in Jerusalem Been Found? *Tel Aviv* 34 (2): 142-64.
- FINKELSTEIN, I. Y SILBERMAN, N. A. (2003): *La Biblia desenterrada: Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, SA. Traducción de *The Bible Unearthed. Archaeology’s New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, New York: The Free Press, 2001.
- FINKELSTEIN, I. Y SILBERMAN, N. A. (2007): *David y Salomón: En busca de los reyes sagrados de la Biblia y de las raíces de la tradición occidental*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, SA. Traducción de *David and Solomon: In Search of the Bible’s Sacred Kings and the Roots of the Western Tradition*, New York: The Free Press, 2006.
- GILBOA, A., ILAN SHARON, I. Y BOARETTO, E. (2008, en prensa): “Tel Dor and the chronology of Phoenician ‘pre-colonization’ stages”, en C. Sagona (ed.), *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology, Ancient Near Eastern Studies Supplement Series* 28.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F. (2004): *Del Occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso. Fuentes escritas y documentación arqueológica*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOPART, J. (2004): *El emporio fenicio pre-colonial de Huelva, ca. 900-770 a.C.* Madrid: Editorial Biblioteca Nueva. Una síntesis en lengua inglesa: “The Pre-colonial Phoenician Emporium of Huelva, ca. 900-770 BC”, *Bulletin Antieke Beschaving (Annual papers on Classical Archaeology)* 81: 13-29, 2006.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOPART, J. (2006): “Las evidencias más antiguas de la presencia fenicia en el sur de la Península”. Ponencia presentada al Simposio, *Tiempos de púrpura* (Vélez-Málaga, 8-10 de noviembre de 2006), *Mainake* XXVIII: 105-28.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOPART, J. (2007): “Tarsis-Tarteso desde los hallazgos de Huelva”. Ponencia presentada al V Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, *Tarsis-Tartessos: Mito, Historia, Arqueología* (Madrid, 16-18 de abril de 2007), que será publicada por el Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.

- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOMPART, J. (en prensa): "The two Phases of Western Phoenician Expansion". *Ancient West and East*.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1990): *Nueva luz sobre la protohistoria del Suroeste*. Alicante: Universidad de Alicante.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2005): "Fenicios en el Extremo Occidente: conflicto y violencia en el contexto colonial arcaico". *Revista Portuguesa de Arqueología* 8 (2): 177-92.
- HELTZER M. (2004): "Inscripciones fenicias", en González de Canales *et al.*, 2004, pp. 133-5 y láms. XXXV y LXI.
- KITCHEN, K. A. (1997): "Sheba and Arabia", en L. K. Handy (ed.), *The Age of Solomon: Scholarship at the Turn of the Millennium, Studies in the History and Culture of the Ancient Near East* 11, pp. 126-53, Leiden: Brill.
- KOCH, M. (2004): *Taršiš e Hispania*. Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Versión española con introducción y bibliografía adicional de *Tarschisch und Hispanien: Historisch-Geographische und Namenkundliche Untersuchungen zur phönikischen Kolonisation der Iberischen Halbinseln, Madrider Forschungen* 14, 1984.
- LEMAIRE, A. (1994): "'House of David' Restored in Moabite Inscription". *Biblical Archaeology Review* 20 (3): 30-7.
- LEVY, T. E., ADAMS, R. B., NAJJAR, M., HAUPTMANN, A., ANDERSON, J. D., BRANDL, B., ROBINSON, M. A. Y HIGHAM, T. (2004): "Reassessing the Chronology of Biblical Edom: New Excavations and ¹⁴C Dates from Khirbat en Nahas (Jordan)". *Antiquity* 78: 863-76.
- LIPINSKI, E. (2004): *Itineraria Phoenicia. Orientalia Lovaniensia Analecta* 127.
- LÓPEZ PARDO, F. (2000): *El empeño de Heracles (la exploración del Atlántico en la Antigüedad)*. Cuadernos de Historia 73. Madrid: Arco Libros S.A.
- MAISLER (Mazar), B. (1950-1951): "The Excavations at Tell Qasîle. Preliminary Report". *Israel Exploration Journal* 1: 61-76, 125-40, 194-218 y lám. 38 A.
- MAZAR, E. (2004): *The Phoenician: Family Tomb N.1 at the Northern Cemetery of Achziv (10th-6th Centuries BCE)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 10. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- MAZAR, E. (2006): "Did I Find King David's Palace?". *Biblical Archaeological Review* 32 (1): 16-27 y 70.
- MAZAR, E. (2007): *Preliminary Report on the City of David Excavations 2005 at the Visitors Center Area*. Jerusalem: Shalem Press.
- MORENO ARRASTIO, F. J. (2000): "Tartessos, estelas, modelos pesimistas", en P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (eds.), *Actas del I Coloquio del CEFYP, Intercambio y Comercio Preclásico en el Mediterráneo* (Madrid, 9-12 de diciembre de 1988), pp. 153-74, Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.
- MORET, P. (2002). "*Mastia Tarseion* y el problema geográfico del segundo tratado entre Roma y Cartago". *Mainake* XXIV: 257-76.
- NA'AMAN, N. (1997): "Sources en Composition in the History of Solomon", en L. H. Handy (ed.), *The Age of Solomon: Scholarship at the Turn of the Millennium, Studies in the History and Culture of the Ancient Near East* 11, pp. 57-80, Leiden: Brill.
- NAVEH, J. (1987): *Early History of the Alphabet*. Jerusalem: The Magnes Press, The Hebrew University. Primera edición, 1982.
- NIJBOER, A.J. Y VAN DER PLICHT, J. (2006): "An Interpretation of the Radiocarbon Determinations of the Oldest Indigenous-Phoenician Stratum thus far, Excavated at

- Huelva, Tartessos (South-West Spain)". *Bulletin Antieke Beschaving (Annual papers on Classical Archaeology)* 81: 31-6.
- NITSCHKE, A. (1986/87): "Bemerkungen zu Chronologie und Herkunft der protogeometrischen Importkeramik von Tyros". *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 13/14: 7-49.
- OSUNA, M., BEDIA GARCÍA, J. Y DOMÍNGUEZ RICO, A. M. (2000): "El santuario protohistórico hallado en la Calle Méndez Núñez (Huelva)", en P. Cabrera Bonet y M. Santos Retolaza (eds.), *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*, Actes de la Taula Redonda celebrada a Empúries (Ampurias, 26-28 de mayo de 1999), *Monografies Emporitanes* 11: 177-88, Barcelona: Museu d'arqueologia de Catalunya.
- ROTHENBERG, B., GARCÍA PALOMERO, F., BACHMANN, H. G. Y GOETHE, H. W. (1989): "The Riotinto Enigma", en C. Domergue (coord.), *Minería y Metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas* (Madrid, 24-28 de octubre de 1985), vol. I, pp. 57-70, Madrid: Ministerio de Cultura.
- RUIZ MATA, D., BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. Y MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1981): "Excavaciones en el cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978". *Huelva Arqueológica* V: 149-316.
- RUIZ MATA, D. Y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): "El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)". *Huelva Arqueológica* VIII (1): 1-262.
- SALKIED, L. U. (1970): "Ancient slags in the south west of the Iberian Peninsula", en I Coloquio Internacional sobre Historia de la Minería, *La Minería Hispana e Iberoamericana: Contribución a su Investigación Histórica* (León, 16-21 de marzo de 1970), vol. I, pp. 85-98, León: Cátedra de San Isidoro.
- TÄCKHOLM, U. (1965): "Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles". *Opuscula Romana* V: 143-200.
- TAPPY, R. E., MCCARTER, P. K., LUNDBERG, M. J. Y ZUCKERMAN, B. (2006): "An Abecedarium of the Mid-Tenth Century B.C.E. from the Judaeen Shephelah". *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 344: 5-46.
- TSIRKIN, JU. B. (1986): "The Hebrew Bible and the Origin of Tartessian Power", en G. del Olmo y M. E. Aubet (eds.), *Los fenicios en la Península Ibérica*, vol. II, pp. 179-85, Sabadell: Editorial AUSA.
- TYLOCH, W. (1978): "Le problème de Taršiš a la lumière de la philologie et de l'exégèse", en M. Galley (ed.), Actes du Deuxième Congrès International d'Étude des Cultures de la Méditerranée Occidentale (Malta, 23-28 de junio de 1976), pp. 46-51, Alger: Société Nationale D'Édition et de Diffusion.

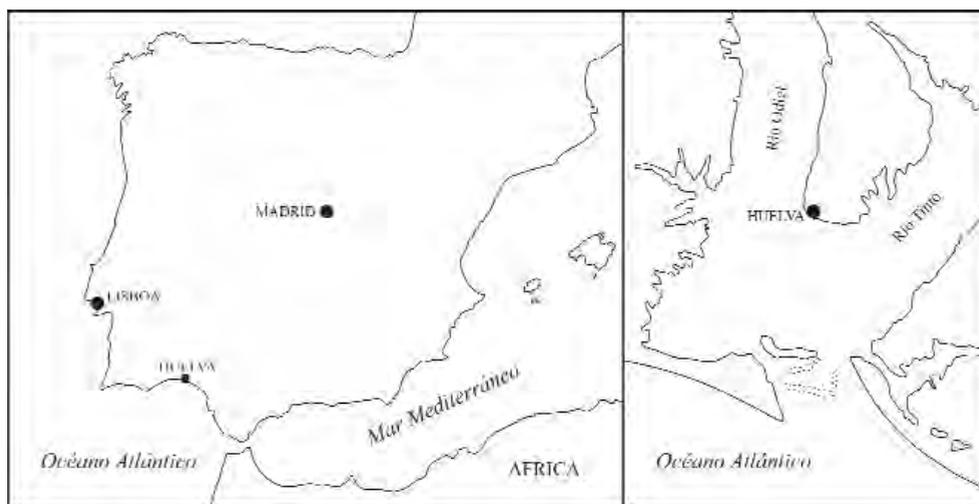


Figura 1. Estuario del Tinto-Odiel en el primer milenio a.C.

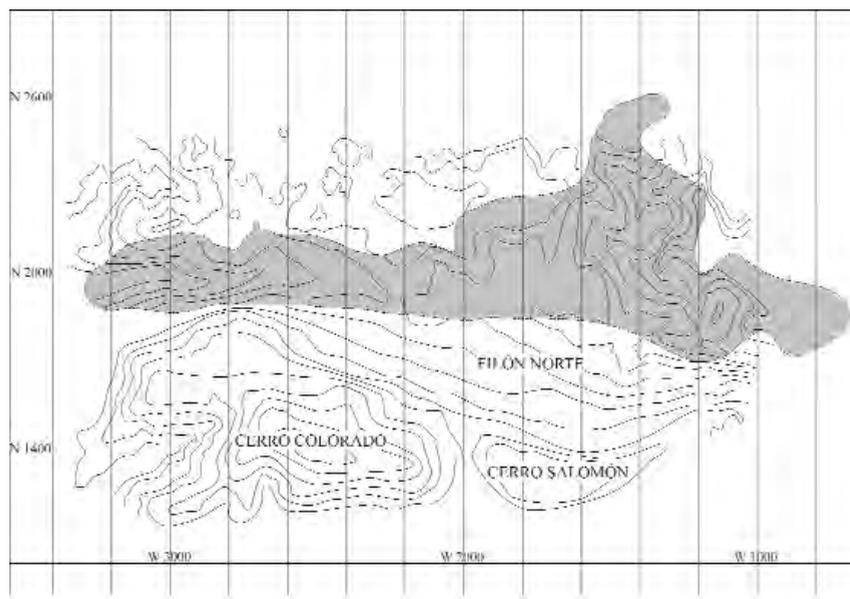


Figura 2. Minas de Riotinto. Topografía original y escorias antiguas



Figura 3. Yacimientos citados en el texto



Figura 4. “Estructura escalonada” de Piedra (Mazar, 2006, p. 27)

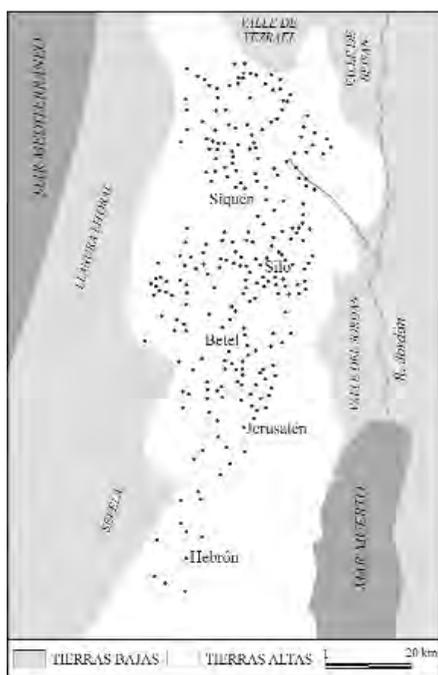


Figura 5. Yacimientos del Hierro I en las tierras altas centrales de Israel (a partir de Finkelstein y Silberman, 2007, fig. 15)



Figura 6: 1. Explanada de las mezquitas; 2. “Gran Estructura de Piedra”; 3. “Estructura Escalonada de Piedra”.



Figura 7. “Gran Estructura de Piedra” (Mazar, 2006, p. 24)

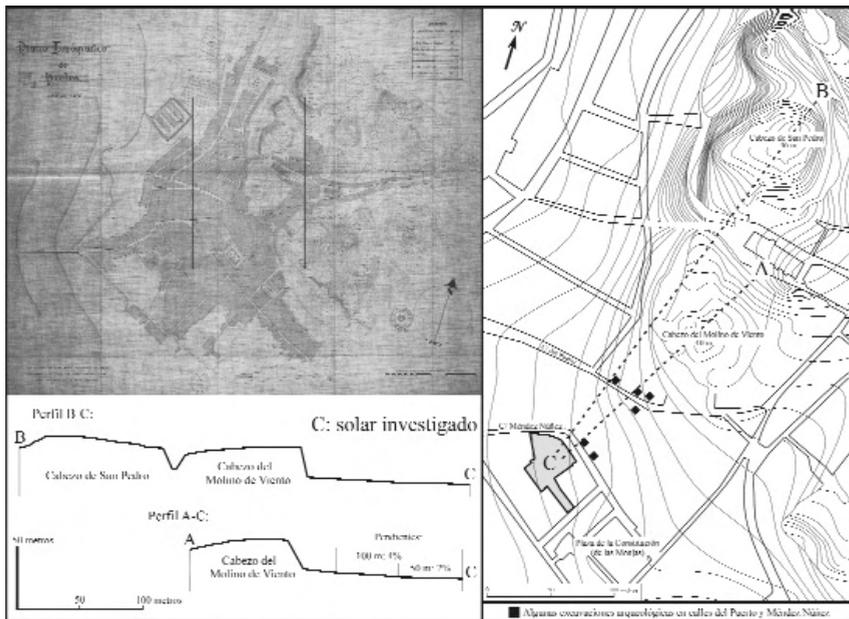


Figura 8. Plano topográfico de Huelva de 1870. Curvas de nivel a 1 metro. Alturas tomadas en la bajamar